

AGENDA CIUDADANA

EL MIEDO (Y EL ODIO) COMO ESTRATEGIA POLITICA

Lorenzo Meyer

Roosevelt. “A lo único que debemos tenerle miedo es al miedo mismo” afirmó el presidente Franklin D. Roosevelt al inicio de su primer gobierno en 1933, cuando Estados Unidos se encontraba sumido en la Gran Depresión. El mandatario norteamericano se estaba haciendo eco de lo dicho 82 años antes por otro de sus conciudadanos: el poeta Henry David Thoreau: “a nada hay que tenerle tanto miedo como al miedo”.

Temerle al miedo es un enfoque positivo de la política para quienes son como Thoreau -un romántico, un crítico de la guerra imperialista de su país contra México y un acérrimo defensor de las libertades civiles- o Roosevelt, que para época y circunstancias era un reformista que casi resultó revolucionario. Sin embargo, para los que se encuentran en el lado opuesto del espectro político y filosófico -los conservadores del orden existente- la del miedo puede resultar una política muy natural y conveniente. Desde esta última perspectiva se trataría de lograr que la sociedad, al menos una parte importante de la misma, quede presa del miedo para luego manipularla en defensa de lo establecido y contra la posibilidad del cambio.

Fomentar el Miedo. El temor es un estado de ánimo caracterizado por la aprehensión o la angustia y provocado por la anticipación de un dolor o de una situación desagradable, peligrosa. El miedo varia entre la mera ansiedad y el terror. Tal estado de ánimo puede ser resultado de hechos objetivos pero también puede serlo de situaciones falsas, de meras fabricaciones de la imaginación, que pueden ser de elaboración propia o inducidas.

Es difícil saber si, ante la incertidumbre electoral, la derecha tiene un miedo genuino o, como ha sugerido Carlos Monsivais, lo que realmente la mueve es menos el temor y más el odio por quienes se atreven a poner en duda su derecho “natural” a mantener el poder, (Proceso, 16 de abril, 2006). Como sea, lo que ya ha quedado claro tras la campaña de los spots televisivos del miedo patrocinados por el Partido Acción Nacional (PAN), es que esa organización, en tanto representante de los intereses y visión del mundo de una parte importante de las derechas mexicanas, ya decidió que el eje de su político en el cierre de la campaña electoral, debe ser de línea dura en una estrategia que haga de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) -la cabeza de lo que se puede considerar una fuerza de izquierda moderada-, un personaje al que se debe de temer por ser un peligro para el proyecto nacional. Por ello, el corazón del discurso panista es tan simple como contundente: si AMLO gana en las urnas, la economía de México entrará una vez más en crisis y el país se despeñará al abismo.

La creación y manipulación de un sentimiento de ansiedad por vía de spots televisivos truculentos –AMLO significa corrupción sin límite, AMLO significa autoritarismo, AMLO significa endeudamiento sin límite, AMLO significa, en fin, “un peligro para México”-- es hoy por hoy la vía no tanto para ganar el respaldo de la mayoría ciudadana sino para quitárselo a la izquierda, para impedir una repetición de 1988, cuando Carlos Salinas “tuvo” que ganar la presidencia después de las elecciones.

Al Borde del Abismo. En el 2006 ya no es posible recurrir a la misma solución de hace tres sexenios frente a una victoria de la izquierda: el fraude masivo. No existe ya el partido de Estado de aquel entonces ni el clima anticomunista que llevó a que el resto del mundo se mantuviera indiferente al engaño que se cometió en México. Hoy,

el fraude masivo, si no imposible si sería muy difícil y costoso. En tales circunstancias, la alternativa era primero el desafuero y, fracasado este plan, despertar y aprovechar a favor del PAN los programas sociales (OPORTUNIDADES) y los miedos colectivos de una sociedad cuya cultura cívica es bastante conservadora. La idea es que al generar temor, el receptor reaccione refugiándose en lo que ya conoce: en la continuidad de las políticas y del tono de la administración actual.

Se Grita “Que Viene el Lobo”, pero ese Lobo no Existe. Objetivamente, hoy la derecha mexicana no tiene realmente una razón de fondo para querer colocar al miedo y al choque abierto como el centro de la visión política mexicana. Su adversario, la izquierda, esta en una posición precaria, pues sus adversarios, el PAN y el PRI, están en posibilidad de refrendar su mayoría a todo lo largo del espectro político, desde el nivel municipal hasta el congreso federal. México, además, es un país católico y la Iglesia Católica es fundamentalmente conservadora. El Estado ya no tiene el control de la economía; el neoliberalismo se ha encargado de privatizar todo lo importante salvo PEMEX y la CFE. Hoy el Estado Mexicano es relativamente débil y el sector privado más fuerte que en el pasado; la llamada “Ley Televisa” es sólo el último ejemplo de cómo el gran capital ha capturado ya áreas estratégicas y limitado la posibilidad que de una rectoría efectiva de lo público desde lo público.

Al volver la vista al sector internacional, es claro que poco importa que Cuba, Venezuela, Brasil, Argentina, Bolivia, Chile o Uruguay tengan a alguna forma de izquierda en el poder. El hecho contundente e inescapable para México es su vecindad y asociación económica formal con la única superpotencia que existe, una donde hoy domina una visión de lo político y social extraordinariamente conservadora. Además, y pese a que el anticomunismo parece ser aún parte viva de la conciencia

conservadora en México, por ahora el capitalismo, el mercado y la globalización, son las fuerzas determinantes en esta parte del mundo y nuestro país no tiene más alternativa que adaptarse a tan apabullante constelación de poderes defensores incondicionales de los intereses reales de las derechas.

¿Qué es lo que Realmente esta en Juego?. La independencia del Banco de México, las enormes limitaciones de un Estado endeudado y que apenas cuenta con el 11% o 12% del PIB o el hecho que el sector público tenga que depender de una industria petrolera las últimas administraciones han dejado en bancarrota, no le permitirían mucho margen de maniobra a una administración perredista.

Pese a esas enormes limitaciones, AMLO y los suyos estarían obligados, en caso de lograr un triunfo en las urnas, y además de ser muy duros en su lucha contra las propias prácticas corruptas de la izquierda, a modificar en algo el modelo económico para crear fuentes de trabajo. Tendrían también que afectar a intereses creados para mejorar la raquítica recaudación impositiva o no podrán cumplir la promesa de disminuir en algo la gran injusticia social históricamente dominante en México. Un perredismo en el poder estaría obligado a enfrentar a esos intereses financieros que usaron ilegítimamente al FOBAPROA. Un gobierno lopezobradorista tendría que armar bien los casos en contra de los grandes corruptos del pasado y rescatar ciertas áreas hoy abandonadas por el Estado. Finalmente, un cambio de partido en el gobierno dejaría fuera del presupuesto y con un futuro incierto a miles de panistas o afines al panismo, que hoy pueblan, con muy buenos sueldos, el mundo de la alta burocracia pública.

Los ejemplos anteriores, y otros similares que podrían añadirse a la lista, son las razones que realmente explican esa mezcla de miedo y odio que se percibe en la

propaganda política de los que hasta hoy siguen atrás en las encuestas. Obviamente, por reales que sean esas razones en ningún caso son equivalentes a un peligro para México y si, en cambio, pueden ser otras tantas oportunidades de continuar un cambio que se estancó.

Conclusión. Ya hace casi un siglo, una propuesta de cambio moderado –la de Francisco I. Madero y su partido- fue finalmente ahogada por un fraude primero y una política de miedo después; al final todo desembocó en una tragedia y en una explosión social masiva. Lo acontecido en 1968 y en la guerra sucia que siguió es otro ejemplo de las consecuencias negativas de las políticas del miedo. Finalmente, una elección dominada por un ambiente de temor en 1994 prolongó innecesariamente el largo dominio del sistema autoritario.

Quizá la dinámica negativa en la que ha entrado la contienda política ya sea irreversible. Sin embargo, en tanto ciudadanos, estamos obligados a resistir y rechazar este tipo de política. La democracia simplemente no puede prosperar o incluso sobrevivir en un ambiente donde la conclusión de una parte del discurso político es que el adversario no es tal sino un enemigo de la nación y que debe ser detenido “a como de lugar”. La salud y la unidad de México requieren que desde la sociedad se rechace de manera clara, definitiva, la idea de “nosotros o el diluvio”.